

# El viaje



# GLOSARIO ARTISTICO

Por OLGA ARRATIA

LA Asociación Chilena de Escritores que preside el poeta Fernando González Urizar rindió un merecido homenaje a dos escritoras: Olga Acevedo y Mercedes Fuenzalida. Mercedes Fuenzalida fue analizada en su obra fina, de melodías interiores, que es como la voz de la poetisa en un indomable diálogo consigo misma. A quienes los conocen, sus versos causan una inexplicable sensación de belleza, sinceridad y paz. Ella estuvo presente y sintió la admiración del numeroso público que la aplaudió sin reservas mientras leía sus poemas y que aun exigió la lectura de otros.



Olga Acevedo

En cambio, Olga Acevedo estuvo ausente. Inmovilizada hace años por una traicionera enfermedad, sólo tuvo la emocionante satisfacción de que sus amigos le llevaran grabado, íntegramente, este emocionante homenaje que fue de una inmensa, real y cálida fuerza de admiración por su obra. Sus libros publicados son: "Los cantos de la montaña", 1927; "Siete palabras", 1929; "El árbol solo", 1933; "La rosa en el hemisferio", 1937; "La violeta y su vértigo", 1942, y "Donde crece el zafiro", 1948.

La poesía de Olga Acevedo es diferente a todas: hay en ella una esencia única que nada hace cambiar. Las raíces de un espíritu místico afloran, principalmente en sus últimos libros,

con una fuerza espiritual incontenible. Parece que se aleja, sin quererlo, de la cáscara del mundo y se hunde en sus simas misteriosas, en las que ella percibe claridades que alumbran su aspiración de algo "más allá de todo".

No deja de trabajar. Dificultosamente, con dolor y alegría, sigue escribiendo. Está en prensa un libro "Himnos" y prepara otro que espera publicar pronto. Y esta energía, esta voluntad para sobreponerse a su mal físico, nos dejan abismados. Acaso esas cumbres austeras que se yerguen en la poesía de Olga Acevedo sean la energía maciza que mueve sus manos y sigue ordenando a su cerebro una labor continuada. Son la fuerza y serenidad de los grande místicos que dan luz y la reciben devuelta con creces en fuerzas interiores que vencen y triunfan sobre el cuerpo doliente. Así, ella ha dominado su mal y ha afinado su extraordinaria personalidad, que la impulsa a entregar las imágenes y voces que llenan su vida interior. Ha logrado sustraerse a la penosa verdad de su cuerpo enfermo y escribe —en una lograda y superada etapa— de todo lo material. Se afirma valientemente en la sensibilidad de su carazón y vive, capta con ojos ávidos, todo lo que fuera de su pieza sigue ocurriendo.

Juvencio Valle leyó un poema admirable para Olga Acevedo, de tanta hondura, belleza y sentimiento que sobrecogió a los auditores. He aquí algunos trozos:

*"Hace ya tantos años que te conozco  
—como se conoce la fibra de la buena madera,  
el corazón blanco del pan—  
hermana mía, la infatigable guerrillera,  
compañera de viejos sueños y armas.*

*Si uno solo de nosotros caía en tierra  
el otro consideraba suyo el golpe  
y —aun bajo otro cielo—  
se sacudía el polvo  
y sentía la herida en carne propia.  
(Olga es como una ola blanca  
que se rompe cantando en mi costado;  
es un loto que me llena la mano abierta;  
Olga es un vellocino  
sobre mis hombros)".*

Y tanto más que refleja entera a la poetisa. La admiración crece y asciende alturas maravillosas en la voz de Juvencio Valle que en su expresión lírica y recóndita entregó al público la más hermosa y profunda dimensión espiritual de Olga Acevedo.